

El cólera, ese temible viajero del Ganges, hacia estragos horribles, diezmando á los habitantes de la ciudad, y el apóstol de Jesucristo desplegaba con ardor, á pesar de su achacosa ancianidad, todos los elementos de que podía disponer para auxiliar á los atacados de tan terrible enfermedad.

Su caridad evangélica, nunca desmentida, lo ponía en camino del cielo, de la gloria eterna!

Empero, víctima también de ese azote de la humanidad, sucumbió, lo mismo que el inconsolable padre de Magdalena, que jamás supo de ella, ocasionándole á ésta, tan irremediable pérdida, un dolor incomparable.

Todas las tardes, cuando la luz del crepúsculo se perdía, cambiándose en las tintas negruzcas que aparecían en caprichosa forma sobre el horizonte azul, Magdalena, triste, melancólica, apoyando su gracioso rostro en trambas manos sobre el alféizar de su ventana, dejaba correr las lágrimas por sus pálidas mejillas, lágrimas ardientes que le arrancaban el tierno recuerdo, la dulce memoria de su querido protector, de su padre adoptivo, de aquel dechado de virtudes, del honrado fray Miguel!

JULIAN ARCOS ROMERO.

Julio 17 de 1893.

Nocturnos tropicales.

¡AMORE LANGUEO!

A. J. F.

Relieja los astros del cielo En lluvia dorada, la muerta laguna; Y enfermo de amores yo velo Errando en la selva que incendia la luna; Se escuchan los gritos bravios Que dan, emigrando, las grullas salvajes: El fuego de ardientes estíos No quema sus alas de grises plumajes. Columbia el tentoy floreciente Su verde ropaje de eterna frescura, ¡Quién fuera, como él, inconsciente! La tierra, en su savia, le da la ventura. Perdido en la noche estrellada Mi espíritu invade tu alcázar distante ¡Oh niña querida y sagrada!... Dichosa si olvidas, amada y no amante! Tu pelo rizado y sedoso En ondas oscuras desciende á tu espalda Y es luz esfumada en un sueño La casta blancura que esplende tu falda Sollozan tus penas de amores Las notas dolientes que surgen del piano Y es vago perfume de flores El suave murmurio que arranca tu mano. Si olvidas al jóven proscrito No sabes que te ama porque eres su niña, Su gloria, su amor infinito... ¡El cielo de bionos y flores te ciñal En tanto gentil cautilena Un ave doliente preludia muy léjos Y brilla la noche serena Quebrando en la hierba sus ténues reflejos. Cancion melancólica, errante, Que viene á la selva cantando alegría. Despierta mi gloria distante, Mi bella esperanza, fugaz por ser mía, Aquí tabachinos florecen Y riegan sus flores en aguas del cielo; Aquí yoyoxóchiles crecen Y aroman la noche de austrálico velo. Adios... ¡quién pudiera mirarte, Gentil soñadora por siempre querida! Adios... ¡quién pudiera olvidarte... Tu dulce recuerdo me roba la vida!

RUBÉN M. CAMPOS.

Chilpancingo, 1893.

TABULA.

Un sapo se casó con una rana, y cuando se hastió de rana el sapo le zurró la badana y se fué al prado echándola de guapo. La rana se enjugó con una esponja, se fué á un convento y se quedó de monja. Cuando el dolor del alma es muy profundo la mujer se da á Dios y el hombre al mundo.

PREOCUPACIONES.

I

CABABA yo de salir del Colegio de las Hermanas de la Caridad. Alfredo González era blanco y rubio como un hijo de Albion, sus azules ojos revelaban una tristeza indefinible, su aspecto suave y enfermizo me hechizaba.

Mi hermano Ernesto lo llevaba á su cuarto con muchísima frecuencia; era el predilecto de sus amigos de la Universidad.

Era poeta. Aún conservo algunas de sus estrofas eróticas, llenas de juventud, de amor y de melancolía.

Sobre el fino jarrón de porcelana, sembrado de violetas alpinas, que quedaba enfrente del cuarto de mi hermano, dejaba sus versos y sus apasionadas declaraciones.

No puedo recordar aquellos tiempos sin sentir una lágrima furtiva en mis mejillas, sin experimentar una extraña emoción en mi espíritu.

Jamás nos dirigimos una palabra: el elo-cuente lenguaje de los ojos nos fué suficiente. Yo era la más dichosa de las mortales. En él resplandecía el gozo de quien ama y se siente correspondido.

II

Se aproximaba el día de mi cumpleaños. Nos preparábamos para el suntuoso baile con que inició mi padre mi carrera en la vida social.

En la lista de los invitados no figuraba él: la única persona que me interesaba, aquel cuyo recuerdo me animó en los preparativos de la fiesta.

¿Por qué no recordar aquella noche? Allí empezaron mis amores con el sér idolatrado cuyo nombre llevo; allí la vanidad me hizo olvidar un momento á mi primer amor; allí oí las primeras declaraciones de Reinaldo Vargas.

III

La familia Vargas deseaba emparentar conmigo á todo trance. Mis padres me suplicaban que aceptara á Reinaldo, el jóven más gallardo y más rico de la capital.

Pero el amor es ciego; yo continuaba pensando en el rubio enfermizo y melancólico.

Acabábase de comer en casa de Reinaldo la primera vez que acedí á sus repetidas invitaciones. Salimos al espacioso balcón de la casa, y Susana, la mayor de las Vargas, me dijo que me fijara en un jóven que en aquellos momentos entraba en la vecina tapicería de Pedro González y C^a.

Era él! Era el amor primero de mi vidal. Al principio creí que era que habían adivinado mi secreto, pero á poco me convení que estaba en un error.

—Hermoso jóven, dijo Reinaldo, que ha bía oído nuestra conversacion. —Me encanta, prosiguió Susana, lástima que no pertenezca á una clase social más elevada. Cómo sufrirá con las vulgaridades de su padre, ese imbécil del tapicero González.

Un abismo se abrió á mis plantas; una torre se desplomó sobre mi cabeza: era el diamante refundido entre el fango, era la planta fina colocada en la roca!

Comprendí el por qué de la exclusion á nuestro baile; comprendí que mi pasión era un imposible.

Quince días después me felicitaban todos y me envidiaban todas: era la prometida de Reinaldo Vargas.

IV

Desde que Alfredo González supo mi próximo matrimonio, cerró sus libros de Anatomía é Higiene y arrojó de sus manos el bisturí y el escalpelo, sin reparar en que sólo le faltaban seis meses para terminar su brillante carrera.

Las cuerdas de la lira enmudecieron: ya los periódicos de la capital no adornaban sus columnas con las inspiradas creaciones de González.

La distincion de su rostro y la elegancia de sus vestidos desaparecieron rápidamente. Cuando paso en mi coche suelo verlo en

la puerta de inmundas tabernas, con el cabello largo, el cuello de la verde levita levantado, el pantalon raído y la punta del cigarro entre los sucios dedos.

A veces trata de herirme el remordimiento con su desesperante aguijon.

Pero, ¿soy acaso culpable de las preocupaciones sociales? Ellas hicieron esa víctima, yo fui su inconsciente instrumento.

Quizá la muerte aliviará las penas del desgraciado Alfredo.

MARION.

Ven, asómate á ver!... Qué hondo y oscuro el fondo de esa gruta!... Bajo el sombrío toldo de esas ramas la luz no llega nunca.

Negro, oscuro, glacial!... Golpe tras golpe, el tiempo abrió ese hueco; y aunque afuera está el día y sus encantos, la noche está por dentro.

Fuera murmura el cristalino arroyo y de flores se puebla la campiña; canta el pájaro alegre en la enramada y hay en los montes, vida.

Pero adentro! allá adentro!... Entre las sombras, ¿qué alcanza á ver tu angelical mirada? Fantasmas del silencio! Espectros mudos! Estalacmitas blancas!

Ah! no dejen tus ojos de iluminar los míos! No apartes tu mirada, que ya empieza la claridad en mi profundo abismo.

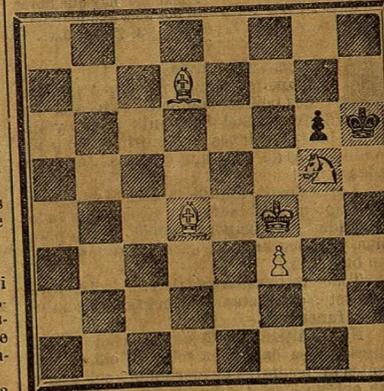
Lo que ves, lo que miras, es la sombra que acongoja mi espíritu, la gruta donde están en silencio, muertas en flor, mis esperanzas, mustias.

Mírame!... Ya las flores retoñarán; y en cantos de ternura se trocarán, para tu amor, mi vida, mis tristezas profundas, mis ilusiones pálidas, las ansias que me abruman y estos callados duelos de mis tremendas dudas...

PROBLEMA DE AJEDREZ

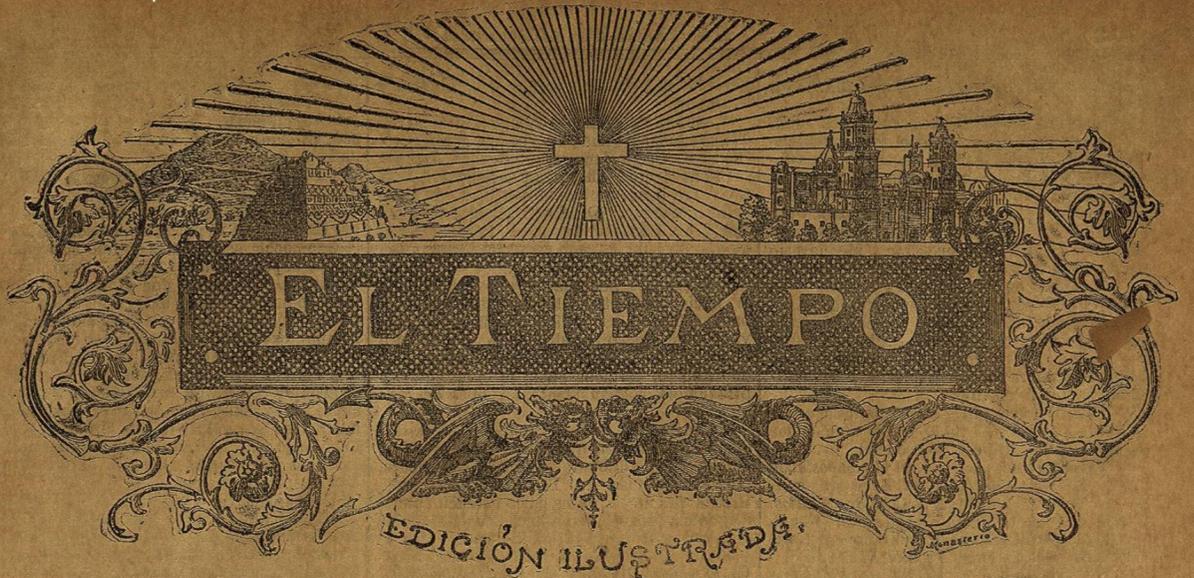
M. HERRERA.

Negras.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 4 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado. 1. T f4—P toma T.—2. C e 5 —R b 5.—3. C d 4 —P.—Tres variantes.



ANGELINA. NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

VII

¡El aire de la tierra natal! ¡Qué grato y qué fresco esa mañana! El sol inundaba el valle, y dibujaba en los muros de las vetustas casas la sombra ondulada de los aleros. De las húmedas montañas, bañadas la víspera por copiosa lluvia, soplaban un vienteillo halagador y perfumado. Seguí hasta las afueras de la ciudad, á fin de gozar, cualquiera fuese por breves horas, del magnífico panorama que se extendía delante de mí: variado comercio, dilatada llanura, espesas arboledas que dan pintoresco fondo á la capilla de San Antonio, una iglesia que tiene aspecto de melancólica vejezuela. Faldeando la colina va el camino de la sierra, desde allí quebrado y pedregoso. Por ahí subían lentamente unos arrieros, silbando una canción popular, arreando unos cuantos asnillos ondulantes cargados de loza arribeña, ollas y cazuelas vidriadas que centelleaban con el sol. Un ranchero, jinete en parda mula, venía por el llano, y allá, cerca de las vertientes del Escobillar, trazaban las yuntas surcos profundos en la tierra negra y vigorosa. Los gañanes las seguían paso á paso, guiando el arado, muy onchiesta la crinada pica. ¡Qué benéfico el aire de las montañas! Insufla en los pulmones vida nueva, acelera la sangre y comunica á las almas dulcísima alegría. ¡Cómo suspiré, durante diez años, en las soledades del Colegio, por aquellos sitios y por aquel espectáculo! ¡Cómo, mil y mil veces, á la hora de la siesta, desde el balconcillo del dormitorio, ante la colina poblada de caetos, cansado de las arideces del Valle de

México, soñé despierto con la húmeda belleza de la tierra natal! No puedo olvidar aquellos tristes días. Jueves y domingo salíamos de paseo, á lo largo del fangoso río, cuyas aguas parecían dormidas á la sombra de los sauces piramidales. Allí, cerca de una hacienda, frente por frente de una aldea salinera, de entre cuyos montículos estériles yergue una pobre palma, mi sera desterrada de fecunda tierra, su empolvado penacho, había un sitio que hasta en lo más crudo del invierno hacía gala de sus hierbas verdes. Era mi sitio predilecto. Mientras la turba estudiantil iba y venía buscando nidios en los árboles, ó vigilada por el Padre Rector jugaba al salta-cabrillas, yo me tendía en la hierba y dejaba que mi pensamiento volara más allá de la populosa ciudad, más allá del obscuro lago de Texcoco. Y volaba, volaba; tramontaba los volcanes, y seguía á través de bosques y espesuras, en busca de regiones amadas, de rostros amigos, de voces cariñosas. Entonces el paisaje que tenía yo delante, se iba borrando poco á poco: el suelo pajizo; la acequia fangosa; la llanura inundada; los chopos cenicientos del camino polvoso; siempre lleno de viandantes; las hileras de sauces melancólicos; la ciudad lejana, túrrida, envuelta en pesados vapores; la aldea salinera situada como en un islote; la remota cordillera de Ajusco; los picachos de la Cruz del Marqués, y bañados en la luz de brillante crepúsculo, surgían ante mis ojos valles y colinas, llanuras y dehesas, bosques y heredades, en donde la rica vegetación de las tierras cálidas desplegaba su frondosidad

incomparable. El Ciudadépeti, corona espléndida de las serranías, aparecía bañado en rosada luz, como si lo iluminaran los fuegos de la aurora. Tornaba yo á la casa de mis padres; Villaverte me convidaba á recorrer sus calles desiertas; el acento tierno y conmovido de los míos resonaba en mis oídos regocijado y amante.

De aquel ensueño me sacaba la voz del Rector ó el toque de angelus en la cercana catedral. Honda tristeza se apoderaba de mi espíritu, y lento, retrasado, perezoso, volvía yo al colegio, entregado á la subyugadora melancolía que despierta en los jóvenes el espectáculo siempre nuevo de la tarde moribunda, de la llegada de la noche. Dulce nostalgia; anhelo de algo sublime; grato sentimiento de muerte, que alivia, consuela y eleva las almas hacia la bóveda celeste, ya entenebrecida y sa picada de inceros.

El sueño de aquellos días de largo destierro, la ilusión de aquellas tardes invernales, era una realidad. Estaba yo en Villaverte.

¿A dónde iría yo? ¿En busca de los amigos de mis primeros años? Acaso me recibirían indiferentes y fríos. Regresé por donde había venido, y al azar, sin darme cuenta de lo que hacía, me interné en la ciudad, por las calles céntricas, camino de la plaza. Me detuve en el puente. El Pedregoso, el gárrulo Pedregoso, corría como siempre, limpio y parlero, como lo vi tantas veces cuando era yo niño; esguimoso al tropezar con una roca, caído y adormecido en sus pozas umbrías, bajo el dosel de los álamos, queriendo arras-